

Hasta que llega la piadosa noche,
cuando la rinde la fatiga, sueña
con el camino que vendrá siguiendo
para venir, para venir de vuelta.

Ó ya evocando sus mejores horas,
desgrana con su fijo pensamiento
las cuentas muchas del rosario dulce,
del místico rosario del recuerdo.

Y cuando sobre el mar viene la noche,
cierra los ojos; sueña con los cantos,
con los cantos alegres del marino
que torna al puerto, que le ve cercano.....

ó con un buque de gallardas velas,
todas al aire, que ligero vuelve,
triunfador y feliz, entre la magia
de una puesta de sol resplandeciente !



INTIMIDADES.

—
1867.



I.

Para ensalzar al mundo
tus gracias seductoras,
¡dulcísimo recuerdo!
con el que en vano lucho,
¡dulcísima memoria!
que de sentirla muero,

evocaré—cantando
con dulces melodias
inefable balada—
sobre cojín bordado,
un paje, que suspira
á los pies de su dama.

Está el cojín cubierto
de lises y azucenas;
es el paje muy joven,
muy pálido, muy tierno,

ella, la pobre reina
languidece de amores.

Él, entre mil suspiros,
cantará, mientras toca
su triste mandolina,
para halagar su oído,
para ver cómo dobla
su frente pensativa,

para mirar muy pálido
su rostro..... ¡palidece
su rostro por momentos!.....
¡para sentir su mano
que juega dulcemente
con sus rubios cabellos!

Él morirá..... ¡quién sabe!
del mal de los amores
que sufren demasiado;
que también el semblante
del amoroso joven
es pálido, muy pálido.

Si á través de los vidrios
de las grandes ventanas,
si detrás de las rejas
ve seguir el camino
y la nube que pasa

y el pájaro que vuela;

la libertad del mundo,
la bóveda celeste
y el límpido horizonte,
él sueña, de seguro,
él sueña que fué siempre
feliz en sus prisiones.

A los sanos aromas
de los bosques aquellos
que los aires perfuman,
él prefiere su atmósfera,
palpitante de besos
que apenas si se escuchan!

Él á todo prefiere
sentir sus manos trémulas,
saciarse de perfumes,
y ver llegar su muerte,
tan süave, tan lenta,
sobre todo, ¡tan dulce!

Tan sólo siente celos
cuando la reina mira
con ojos pensativos
al lebrel predilecto
que á sus piés se reclina
dulcemente dormido.

II.

Esta noche vendrá, ¡vendrá sin duda!
 ¡Sin duda! ¡Me lo tiene prometido!
 ¡Ella! ¡Sí, mi pasión, mi luz, mi vida!
 ¡Con qué misterio lo dispuse todo!
 Alejé los amigos indiscretos,
 y después en el aire que la espera
 quemé perfumes que al llegar la besen.....
 ¡Y dí á las llamas los prosáicos versos
 con que en mis tristes horas entretuve
 al corazón, herido por su ausencia!
 ¡Y la aguardo! ¡Vendrá! ¡Vendrá muy pronto!
 Sólo el rumor ligero de sus pasos,
 como ligeros pasos de gacela,
 al llegar á mi oído, ya bastante
 me pagará las intranquilas dudas,
 los mil pesares que sufrí por ella!
 Y entrará fatigada, y escondiendo
 su palidez, y en mis conyulsas manos
 enlazará las suyas, temblorosas,
¡y al sentir las caricias del ambiente
 mágico y tibio, sus felices ropas
 despedirán suavísimo perfume!

¡Oh penetrantes ósculos de amores,
 los primeros, tan largos, tan ardientes,
 al través recibidos y pagados
 del velo azul de transparente gasa,
 prendido atrás á su gentil sombrero!

III.

¡Es una cobardía!
 ¿Quién puede ni dudarle? Yo debía
 encomiar el martirio á que se entrega
 el corazón que aguarda
 un prometido bien que tarda..... tarda.....
 y que, por fin, no llega;
 pintarle mi ansiedad..... ¡toda la noche
 preguntando al reloj, con el oído
 puesto en la calle, en el rodar de un coche,
 en el menor rüido!

¡Es una cobardía!
 ¿Quién puede ni dudarle? Yo debía
 dejarme suplicar, de mil maneras,
 condenar sus crueldades, execrarlas,
 hacer que conociese mis agravios,
 mirar correr sus lágrimas sinceras,
¡para después secarlas
 con los ardientes besos de mis labios!

Pero al verla tan dulce, tan serena,
 me postré de rodillas,

diciéndome en el alma : ¡si es tan buena!
 y le tendí mis brazos temblorosos,
 y oculté mi semblante
 en los pliegues airosos
 de su falda flotante.....
 ¡Y gocé con mi engaño! ¿Quién podría
 pedir lo que mi pena me exigía,
 si sus manos rizaban
 mis cabellos, y loca de alegría,
 sus brazos á su pecho me estrechaban?
 Y la absolvi de su traición futura,
 y como vil esclavo que se goza
 con arrastrar la misera cadena
 que su infeliz esclavitud procura,
 bendeci mis amores,
 le celebré mi pena.....
 ¡suplicando perdón por mis dolores!

IV.

Era casi de noche. Ya la sombra,
 la sombra, con amor, nos envolvía;
 en el balcón apenas si lucía,
 copiándose después en el espejo,
 un pálido reflejo
 del espirante día!
 Sentíamos la calma deliciosa
 que el cansancio procura.
 Yo estaba casi muerto de ventura.
 ¡Ella tan expresiva, tan hermosa!
 ¡Á sus pies me rendí! Sus negros ojos,
 que parecen mirar acariciando,
 estaban todavía
 con los últimos éxtasis soñando,
 Al sentir sus miradas me latía
 el corazón hasta romperse casi
 de tal placer y mágico embeleso,
 y en el aire flotaba
 un dulce olor á beso.
 ¡Y cubrí con mis lágrimas sus manos!
 Yo que la quiero con pasión vehemente,
 que tan inmensa mi pasión creía,

sentí que de repente
 aun en el alma la pasión crecía,
 y con afán ardiente
 la dulce luz de su mirar buscaba,
 y con los brazos trémulos ceñía
 su delicado talle.....!

Y en el largo silencio se escuchaba
 el rodar de los coches en la calle.

V.

Su gabinete azul, su gabinete
coquetón, es el cuarto que prefiero.
Las flores que le dí por la mañana
se marchitan allá, y el aire impregnan
con un lánguido aroma que adormece.
Los tibios y discretos resplandores
de tardes melancólicas de Octubre
aun muestran sus reflejos más hermosos
filtrándose á través de las cortinas,
que, largas, vienen á besar la alfombra.
Junto al fuego que espira, dos sillones
muy cerca están, y entre los dos parecen
hablar de nuestros próximos pecados.
Dócil cojín se arrastra por la alfombra,
sin motivo tal vez, indiferente;
pero el bribón se ofrecerá muy pronto
á la rodilla que en el blando seno
de su almohadón suavísimo se doble.

VI.

¡ Ay! la caricia más lenta
es, sin duda, la mejor.
¡ Con qué furiosos rencores
odias, lo mismo que yo,
los instantes en que suena
la campana del reloj
para avisarnos que el tiempo
de las disculpas voló!
Ni duran tanto las misas
ni las compras, y veloz
el tiempo sigue..... ¡ volando!
¡ insujetable!..... ¡ traidor!
y es ¡ ay! tan dulce, tan triste
y tan eterno tu adiós!!

Y llegan, llegan entonces
los dolorosos momentos
de los últimos abrazos
y de los últimos besos!
¡ Qué de cosas me prometes!
¡ Qué de cosas te prometo!
Y después nos olvidamos

de que pasa, vuela el tiempo,
 y el reloj entonces torna
 con sus avisos de nuevo.
 Y te apresuras, y tiembles,
 y ya te falta el aliento.....
 y largos..... ¡largos, y dobles!!
 son nuestros últimos besos!!

VII.

Septiembre, con su cielo manchado por
 [cometas
 que los chiquillos lanzan á los serenos aires,
 invita á los paseos tranquilos, solitarios,
 por las hermosas calles,
 cuando al salir de casa
 de la mujer querida
 sentimos perfumada
 por su voz hermosísima,
 que moduló palabras
 de tierna despedida,
 la soledad del alma!

En este mes hermoso me finjo la quimera
 de que la quiero siempre con ímpetus ma-
 [yores;
 en este mes hermoso nacieron de repente
 nuestras grandes pasiones.
 Á solas, y en secreto
 mi ventura gozando,
 por las tardes la veo;
 y al salir de su cuarto

primoroso y estrecho,
calles y calles ando
solo con mis recuerdos.

Endulza la memoria mis débiles idëas
con mágicos efluvios de amor que me em-
[brïagan
y de mis ropas mismas y mis febriles manos
un perfume se escapa,
que templá mi infortunio,
por el que siento luchas
de vergüenza y orgullo;
para decir más claro
su deleite profundo.....
así, como un aroma.....
como un aroma..... rubio !!

VIII.

El crepúsculo es dulce y ¡ ay ! es triste
como el último adiós. Ya en el Oriente,
sobre el azul sombrío de los cielos
la noche empieza á desplegar su manto.
Tímidas claridades, esperanzas
de luceros magníficos, contemplan
al Occidente, claro todavía,
buscando los bellísimos recuerdos,
siempre color de rosa, de una espléndida
puesta de sol. El viento de la tarde
se calla, poco á poco. No se mueven
las hojas de los árboles vecinos,
ni siquiera las hojas de los álamos,
é inmóviles contémplanse los juncos
en el pálido espejo del estanque.
En un vago perfume se evapora
cada flor; los amantes ruseñores
no lanzan sus arpegios todavía.

Para cambiar las voces misteriosas
de nuestro mutuo amor escogeremos
tan dulcísimas horas, si tú quieres.

Hacia la tuya, que á su vez se inclina,
 se inclinará mi frente; nuestros besos
 compondrán armonías deliciosas,
 tan dulces, que las aves, despertadas
 allá en el seno de sus dulces nidos,
 encontrarán la música indiscreta
 y se preguntarán: ¿quién es el tonto,
 cuál es la rezagada nevatilla
 ó cuál es el jilguero libertino
 que se enamora cuando el sol se ha puesto?

IX.

Las noches asfixiantes del estío
 dentro del casco de París ahogan,
 y yo, sombrío, triste caminante
 á quien los niños, con horror, evitan,
 que del rumor de los placeres huyo,
 que largas leguas por las calles ando
 para matar el tiempo, cuando llegan
 tan calurosas noches busco siempre
 la soledad de las distantes *rondas*.
 Sigo al azar el callejón desierto,
 donde la hierba descuidada crece,
 y al que la esquina del cercano muro
 viene á prestar el único horizonte.
 ¡ Me gustan las mayores soledades!
 Allí con nadie la mirada cruzo;
 me acompañan los golpes de mis pasos.
 Por cima de los muros se desprende
 el olor agradable de los tilos,
 y allá en el fondo, sobre el yeso blanco,
 y escritos al carbón, los dulces nombres
 de *Victoria* y *Eugenio* se entrelazan,
 popular y sencillo monumento,